

JUAN 20,11-18

TEXTO

«¹¹Pero **María** se quedó llorando fuera de *la tumba*, así que, mientras lloraba se inclinó hacia *la tumba* ¹²y contempla a **dos ángeles** de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de **Jesús**, uno a la cabecera y otro a los pies.

¹³Y le dicen ellos: “**Mujer**, ¿por qué lloras?”.

Les dice: “Porque se han llevado a **mi Señor** y no sé dónde lo han puesto”.

¹⁴Al decir esto, se dio la vuelta hacia atrás y contempla a **Jesús** estando de pie, y no sabía que era **Jesús**.

¹⁵Le dice **Jesús**: “**Mujer**, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”.

Suponiendo ella que era el jardinero, le dice: “Señor, si te lo llevaste tú, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”.

¹⁶Le dice **Jesús**: “**María**”.

Volviéndose ella, le dice en hebreo: “**Rabbuní**” (que significa maestro).

¹⁷Le dice **Jesús**: “No te aferres a mí, porque aún no he subido al Padre; pero ve a **mis hermanos** y diles: ‘Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios’”.

¹⁸**María Magdalena** va a anunciar a **los discípulos**: “He visto al **Señor**” y les dijo estas cosas».

COMENTARIO

.- No se explica por qué aparece María en la tumba que había abandonado anteriormente (cf. v. 2). Los discípulos han sido despachados (v. 10), lo que posibilita al autor reintroducir en el relato a la desconsolada María. Aunque esperaríamos una indicación del retorno de María junto a la tumba, este dato se evita. Otro personaje fundacional de la comunidad cristiana primitiva (cf. Mc 15,40; 16,1; Mt 27,56.61; 28,1.9-10; Lc 8,2; 23,49.55-56; 24,1-9.10-11) ocupa el centro de la escena. María Magdalena y los dos discípulos que acaban de ser despachados (cf. v. 10), constituían el «nosotros» del v. 2. Ellos conocían el dato de la tumba vacía, pero no mostraban ninguna admisión de la resurrección. Los dos discípulos, y especialmente el discípulo amado, han ido más allá de la experiencia de María, al dirigirse hacia la tumba vacía (vv. 3-4) y apartarse de ella (v. 10). Al retornar el foco a María, ésta se nos presenta inmóvil, permaneciendo todavía en la oscuridad de la incredulidad que compartía con ellos en los vv. 1-2. El hecho de que estuviera llorando fuera de la tumba muestra su persistente incapacidad para creer o comprender lo que podría haber ocurrido (v. 11a). Se evoca el llanto desesperanzado que acompañó la muerte de Lázaro (cf. 11,31.33). Aquello sólo generó la frustración y el llanto de Jesús (cf. 11,35). María iguala la iniciativa del discípulo amado (cf. 20,5) y Simón Pedro (cf. v. 6) al pararse y mirar dentro de la tumba por primera vez (v. 11b). No se mencionan las vendas ni el sudario (cf. vv. 6-7). Han sido sustituidos por dos ángeles de blanco, uno sentado a la cabecera y otro a los pies del lugar donde habían puesto a Jesús (v. 11). Los ángeles constituyen otro testimonio de que Dios ha entrado en la historia, y el punto de vista de Dios se refleja en la pregunta de éstos: «Mujer, ¿por qué lloras?» (v. 13a).

Ella responde casi con las mismas palabras que utilizó al contar a los discípulos el asunto de la tumba abierta: «ellos» se han llevado el cuerpo de Jesús, a quien ella llama su «Señor». Hay un ligero cambio con respecto a sus palabras anteriores. En el v. 2, ella asoció a los discípulos con su falta de fe y conocimiento, afirmando que «nosotros» no sabemos dónde han puesto el cuerpo. Ahora dice «no sé». El cambio del plural por el singular refleja con toda precisión la situación concreta en la que se encuentran los personajes implicados en el relato. Ahora sólo

es María quien no conoce (v. 13b; cf. vv. 3-10). La presentación del abismo de su incredulidad se incrementa cuando ella se vuelve para mirar a Jesús que está frente a ella, pero María es incapaz de reconocerle (v. 14). Jesús repite las mismas preguntas de los ángeles, pero añade: «¿A quién buscas?» (v. 15a), recordando otras preguntas semejantes de partes anteriores del evangelio (1,41; 18,4). Irónicamente, aquél a quien ella busca le pregunta a quién está buscando, pero su falta de fe se intensifica al confundir a Jesús con el jardinero. Con profunda ironía, el «ellos» se convierte ahora en «tú». A Jesús, el supuesto jardinero, tomado como representante de los violentos «ellos» que le crucificaron, le pregunta dónde ha puesto su cuerpo. A aquél cuyo cuerpo ella busca, se le pide que aporte una solución al misterio de la tumba vacía. María persiste en su creencia de que el cuerpo ha sido «llevado». Ella pide que sea ahora la única en llevarse el cuerpo: «Dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré» (v. 15b). No hay sugerencia alguna de resurrección ni reconocimiento del resucitado. María Magdalena permanece en una situación de incredulidad en cuanto que lo único que le preocupa es el traslado de un cadáver.

- La incredulidad de María se ha descrito con gran detalle a lo largo de los vv. 1-2 y 11-15. Su transformación, aunque no inmediata, se nos relata con mayor rapidez. Cumpliendo la promesa hecha en el discurso del Buen Pastor (cf. 10,3.14), Jesús llama a María por su nombre: «María». Ella se vuelve, le reconoce y le conoce, dirigiéndose a él con el nombre arameo utilizado a lo largo del ministerio de Jesús, añadiéndole la terminación de un adjetivo posesivo de primera persona, Rabbuní, «mi maestro» (v. 17; cf. 1,38.49; 3,2; 4,31; 6,25; 9,2; 11,8). La primera (1,38) y la última (20,16) vez que aparece este título en el relato, es seguido por un comentario implícito del narrador: «que significa maestro». El lector reconoce que María ha realizado una confesión parcial de fe. Ella reconoce a Jesús como el Rabbí a quien había conocido durante su ministerio. Al dirigirse a Jesús como un maestro y mantener el contacto físico, ella está intentado volver a capturar el pasado. Como Nicodemo y la samaritana, utilizados para ejemplificar el itinerario de la fe al comienzo del relato (3,1-21; 4,16-26), María Magdalena ha llegado a una fe parcial, a una fe en el Jesús que mejor respondía a sus esperanzas y necesidades del momento. Asociado a esta confesión hay un deseo de aferrarse a Jesús (v. 17). Las palabras de Jesús le enseñan que debe desistir de su intento de restablecer la relación que una vez tuvo con él. La hora está todavía en desarrollo, y Jesús no sólo le prohíbe que se aferre a él, sino que le explica por qué tenía que cesar todo aferramiento. En y a través de la cruz, Jesús ha revelado a Dios y ha llegado a su perfección la tarea que le había encomendado (cf. 4,34; 5,36; 17,4; 19,30). Los discípulos tienen todavía que experimentar los frutos de la glorificación de Jesús, pero los días de su relación con el Jesús histórico han terminado. Una situación totalmente nueva se está estableciendo mediante la hora que está en progreso. Jesús no ha cumplido «todavía» su promesa a los discípulos (cf. 14,12.28: 16,10.28), es decir, que retornaría al Padre; está a punto de realizarse. Pero las palabras de Jesús a María van más lejos que las promesas hechas antes de la hora de Jesús. Durante la parte anterior del relato se ha evitado con sumo cuidado hablar de la relación entre los discípulos de Jesús y el Padre de Jesús como Padre de ellos. Aunque al lector se le ha contado que quienes creen en Jesús tienen la autoridad para llegar a ser hijos de Dios (cf. 1,12), en ningún momento se la dicho esto a los discípulos. Sólo Jesús es «el Hijo de Dios». Las palabras de Jesús a María indican que esta situación está a punto de cambiar. Él está subiendo hacia el Padre (v. 17a), y María tiene que informar a los discípulos, a quienes ahora se les llama hermanos de Jesús (v. 17b), que él está subiendo al Padre de Jesús y de los discípulos (v. 17 c). La hora de Jesús, que en breve culminará con la ascensión de Jesús al Padre, creará una nueva situación en la que el Dios y Padre de Jesús será también el Dios y Padre de los hermanos de Jesús. A causa de esta nueva relación, hecha posible por el paso de Jesús de este mundo al Padre mediante la hora (cf. 13,1), ya no son más discípulos de Jesús, sino sus hermanos.

.- María hace exactamente lo que Jesús le ordenó: ella «fue y dijo a los discípulos» (v. 18a; cf. v. 17b). Este episodio comenzó con una María inmóvil que estaba llorando junto a la tumba, aún en la tiniebla de la incredulidad. Concluye cuando se mueve de nuevo y se aparta de la tumba. Obedeciendo el mandato de Jesús, quien le dice que vaya (v. 17), ella va. Este movimiento renovado indica al lector que María ha alcanzado otro nivel en su itinerario de fe, que queda confirmado por sus palabras. En los vv. 2.12 y 15, María utilizó el término respetuoso «Señor» para referirse al cuerpo muerto del hombre a quien había seguido durante su ministerio público. El significado de este término se transforma al ser ella la primera que informa a los discípulos de la resurrección de Jesús: «He visto al Señor» (v. 18b). Su itinerario de fe ha desarrollado un círculo perfecto. De la oscuridad de la incredulidad (vv. 1-2.11-15), ha pasado a través de una fe condicional, que le condujo a reconocer a Jesús como su Rabbí (vv. 16-17a). Y ahora anuncia que ha visto al Señor resucitado. María informa a los discípulos de las palabras que Jesús le había comunicado respecto a su retorno al Padre y al establecimiento de la unión entre el Padre y Dios de Jesús y el Padre y Dios de los discípulos (v. 18c; cf. v. 17c). María no fue capaz de comprender las palabras de los ángeles al empezar esta escena en la tumba vacía (vv. 12-13), pero al concluir ésta, ella se convierte en la mensajera que anuncia las palabras de Jesús a los discípulos (v. 18). Otro personaje fundacional de la comunidad cristiana primitiva ha viajado desde la oscuridad de la incredulidad a través de una fe parcial hasta llegar a una fe perfecta.